

DON FRANCISCO JAVIER CASTAÑOS.

—General, os entrego una espada diez y siete veces victoriosa.—Pues esta es la primera vez que yo mando en jefe.—Tales palabras se cruzaron entre Dupont y Castaños, despues de vencidos en Bailen los franceses por los españoles, y tal es el momento que representa el notable pintor Casado en un cuadro de propiedad de la Reina y reproducido por la fotografía. Cincuenta años habia cumplido nuestro general nueve dias antes del Dos de Mayo, y paisanos suyos eran los de la muchedumbre que en aquella ocasion memorable lanzaron el heroico grito de independencia. Su primer grado en la milicia fué el de capitán á los doce años: de coronel y al frente del regimiento de Africa hizo en 1793 la guerra contra Francia por la parte de Cataluña: su ascenso á brigadier ganó el día de Santiago en el ataque de un castillo y con grave peligro de la existencia, pues de bala de cañon resultó herido y estuvo próximo al sepulcro. Celebrada la paz de Basilea se ciñó la faja de mariscal de campo. Como teniente general y comandante del campo de Gibraltar se declaró por la causa nacional sin vacilaciones; y sus diez mil soldados sirvieron de núcleo á las escasas tropas diseminadas por Andalucía y al gran número de voluntarios que acudieron de todas partes. Su atinado plan de campaña dió por fruto el 19 de julio de 1808 la victoria insigne que tuvo magno eco en toda Europa, y señaló el principio de la decadencia del capitán del siglo. No se dió reposo durante la lucha: sus consejos facilitaron bastante el triunfo de la Albuera; y á lord Wellington ayudó mucho en las operaciones, que produjeron las jornadas gloriosas de los Arapiles, de Vitoria, de San Marcial y de Tolosa de Francia. De febrero á octubre de 1810 habia sido individuo de la primera regencia, y ya tenia los tres entorchados.

Casi otros cincuenta años tuvo de vida desde que la batalla de Bailen dió gran celebridad á su nombre; y aunque menudearon las discordias entre los españoles, jamás las fomentó Castaños en sentido ninguno, antes bien su carácter conciliador y su natural espíritu de templanza influyeron más de una vez á favor de los desgraciados. Así le respetaron todas las situaciones; y solo desde 1820 hasta 1823 estuvo sin especial empleo, á causa de ocurrir el conato de levantamiento de Don Luis Lacy y su suplicio, mientras fué capitán general de Cataluña. Tres meses cabales mediaron del un suceso al otro; no se necesita más dato en testimonio de que por salvar al general Lacy puso el general Castaños por obra cuanto le sugirieron su buena voluntad y su intencion sana. Despues de 1823 figuró como presidente del Real Consejo de Castilla. Nunca tuvo más que su paga: cuando fué honrado con el Toison de Oro, para los gastos inherentes á tal gracia le hubo de prestar dinero su ayudante antiguo el general Zarco del Valle: hasta que recibió



en 1833 el título de duque de Bailen y la grandeza de España no tuvo coche propio, y lo debió á economías realizadas espontáneamente por sus servidores. En calidad de prócer del reino votó la exclusion de Don Carlos y sus descendientes á la corona de España. Desde julio á noviembre de 1843 fué tutor de la Reina, y capitán de Alabarderos en seguida; desde 1845 perteneció al Senado.

Hombre era Castaños de arreglada vida y sencillísimas costumbres: en el cuarto principal del número 24 de la calle del Barco tenia últimamente la casa: muy temprano iba á misa á San Antonio de los Portugueses: á media mañana á las Cuarenta horas, y despues á visitas: convidados especiales sentaba á su mesa cada dia de la semana: inmediatamente despues del café encendia una pajilla, sin dar nunca más que una chupada, pues no le gustaba fumar ni impedir que fumaran sus comensales: hasta ser muy viejo, todas las tardes solia pasear á pié en el salon del Prado: siempre se acostaba á las diez y media de la noche. Su caridad era extremada: sólo llevaba dinero en el bolsillo para distribuirlo á los pobres; y de su puerta no se alejaba ninguno con las manos vacías. Popularidad gozó inmensa: aquí le conocia todo el mundo: altos y bajos lamentábanse de verle decadente por influjo de la edad avanzada en los últimos años, á pesar de su priveligiadísima fibra y de su regularidad inalterable. Aún se le vió asistir por el mes de febrero de 1851 á la inauguracion del ferro-carril de Madrid á Aranjuez con el histórico uniforme blanco, que usaba siempre en las solemnidades de córte: aún pudo además dirigirle su voz el 29 de junio del mismo año uno de los laureados por la Academia Española, de resultas de alcanzar un canto á la victoria de Bailen el premio de la poesía, con estas sentidas palabras. «¡Gloria al ilustre general Castaños, cuya existencia conserva el cielo para que sea monumento vivo de aquella imperecedera jornada!» Todo el auditorio aplaudió la frase, y al anciano ilustre se le arrasaron de lágrimas los ojos. Poco ó nada salia ya á la calle, y aun tenian ocasion frecuente de celebrar sin lisonja su espontáneo decir agudo cuantos se honraban con su jovial trato. No más que falta de calor natural le postró en el lecho, y le condujo el 24 de setiembre de 1852 á muerte apacible y cristiana.

Escrita dejó el general Castaños su voluntad explícita de ser enterrado sin pompa en el suelo y al pié del nicho de su hermana María, y de que se le dedicaran humildes honras en que sus criados presidieran el duelo. Varones de su valía hasta difuntos pertenecen á su patria; esta le debía grande homenaje, y se lo tributó por iniciativa de la Reina. Su cadáver estuvo expuesto varios dias en el templo de San Isidro: con todos los honores de capitán general muerto en plaza y con asistencia del rey y del infante don Francisco, se le trasladó al templo de Atocha: extraordinaria fué la comitiva, y cuajada estuvo la carrera de gentío de todas clases. En un mismo dia se celebraron las honras, segun la voluntad del difunto en la parroquia de San Ildefonso, y despues en la iglesia de San Isidro, segun la obligacion de España: á estas concurrieron la Reina y su augusto esposo, y una elocuente

oracion fúnebre pronunció allí el presbítero don Ramon García, antiguo religioso jeronimiano y obispo ahora. Dos distintas composiciones poéticas se repartieron al público el día del entierro y el de los funerales. De don Vicente Lopez es el mejor retrato que existe de Castaños, y litográficamente está reproducido con esmero.

A. F. DEL RIO.

LA PLEGARIA DEL NIÑO ABANDONADO.

Entre las horribles miserias que desfiguran y afrentan á la industriosa ciudad de Lóndres, hay una que resume en sí todas las otras, al paso que sirve de norma para justipreciar en su valor exacto las costumbres, sentimientos y civilizacion de un pueblo, que á menudo se nos propone cual modelo de acabado perfeccionamiento

Nada hemos presenciado tan infame y desconsolador como el mercado de niños que los lunes y martes, de seis á siete de la mañana, se celebra entre Spitafields y Bethual-Green, en una calle convertida en camino á consecuencia del ensanche de la poblacion. Allí criaturas de siete á ocho años se presentan acompañadas de sus padres, para ser alquiladas por un tanto semanal, á cualquiera que las necesita. En crisis comerciales ó fabriles concurren á esta trata inmoral hasta trescientos muchachos, y nunca bajan de setenta en las circunstancias mas prósperas. Quienes por lo comun utilizan á estos pequeños siervos son los tejedores, como auxiliares de sus aprendices, y á las niñas en calidad de criadas para los quehaceres domésticos. Una de estas gana por lo comun un schelling (siete reales y medio) cada semana: por un varon suele pedirse doble.

Una vez cerrado el trato pertenece el niño al adquisidor durante doce ó quince horas al dia. Nada importa los servicios á que se le destine ni la calidad del amo; todo les parece bien á sus padres con tal que sus desgraciados hijos les proporcionen algunas monedas.

Justo es, sin embargo, confesar que la mayor parte de tales criaturas escitan bien poco el interés. ¡La infancia de la clase pobre carece en Lóndres de atractivos! Un pilluelo de nueve á diez años es un hombre completamente pervertido, con toda su astucia, su desvergüenza y sangre fria, adquirida doblemente en las casas correccionales.

Algo de esto podria enmendarse si á sus dueños los obligasen á darles algunas nociones de moral y buena ensenanza, pero nada menos que eso; el poco tiempo que les queda le necesitan para reparar sus fuerzas y la mayor parte de ellos hasta ignoran la existencia de Dios. El trato que sufren es siempre duro y bárbaro. Si por acaso alguno es sorprendido en el hurto mas

leve, su amo no tarda en imponerle un castigo de refinada crueldad. Lánzase contra él un perro amaestrado en semejante ejercicio que le persigue de un cuarto en otro de la casa hasta obligarle á caer en tierra sin aliento ni fuerzas. Entonces se le aplica una buena tanda de zurriagazos, despues de la cual se le frota el espinazo con unos polvos blancos que producen un escozor insufrible, y atándole sobre la cabeza el lio de su ropa se le arroja á la calle con la palabra *ladron* escrita sobre la espalda con gruesos caractéres.

Allí le recoge la justicia y la escena varia de aspecto. Es verdad que á muchos se contentan con administrarles otro nuevo vapuleo y ponerlos luego en libertad, pero la mayor parte son conducidos á la isla de Wigh amarrados por los codos y con grillos en los piés; pues debe saberse que en la libre Inglaterra se conservan las cadenas para los niños, sin que la respetable opinion pública se escandalice por ello.

En el sitio de contratacion afrentosa que dejamos citado, se veia cierta mañana un servidor de buena casa, segun su aspecto, solicitado por multitud de pretendientes que decian:

—Caballero, ¿quereis un muchacho?

—Sí, pero deseo que sepa leer y escribir.

Al oir esto el grupo se deshizo y le dejaron solo: ninguno podia ofrecer género con tales cualidades.

Se cansó en vano buscando lo que deseaba, hasta que viendo inútiles sus investigaciones dijo en voz alta:

—Ea, si hay alguno á quien no le arredre hacer el viaje á Oriente le tomaré, aunque sea mas rudo que un bacalao.

—El mio, el mio, exclamaron á una infinidad de miserables harapientos.

—Haceos allá, tropa de bohemios, y ven tú, rubillo, continuó el mandadero poniendo la mano sobre la cabeza del niño menos repugnante. ¿Hay por ahí alguien con quien entenderse acerca de tu suerte.

—Para servir á vuestro honor, respondió un hombre torpe y macizo: cuatro schellines mensuales adelantados y dos libras de compensacion en caso de muerte, porque ya veis, perderia un producto seguro.....

—Trato hecho: toma el importe de la primer semana y á cobrar en adelante en casa de mister Bob hermanos.

—¡Oh, oh, iba gruñendo el alquilador; dirigiéndose á una tienda de cerveza, no dirá Jenny qua vuelvo con las manos vacías!

El pequeno Jaques, así dijo el muchacho que le nombraban, pasó al servicio de un capitan de Guardias de la Reina, y con él arribó á Smirna, donde su buena dicha le condujo una tarde al templo mayor de los católicos. Cuanto vió allí era nuevo para él, pues aunque no faltan en Lóndres iglesias consagradas á la verdadera doctrina, jamás pisó sus umbrales ni llegó á su noticia las hubiera.

Con pueril irreverencia examinó imágenes y altares, pero nunca hubiera podido comprender el sitio donde se hallaba, á no tropezar á la sazón con

un corneta de cazadores franceses, casi de su misma edad, á quien preguntó entre tímido y resuelto:

—Dime ¿quién vive en este palacio?

—Habla bajo, le respondió el interpelado con orgullo; esta es la casa del Dios de nosotros los cristianos.

—¡Sí, de vosotros! ¿También lo será de esas buenas mujeres que asisten en los hospitales y llevan cubierta la cabeza con un tocado blanco?

—Las hermanas de la caridad. ¿Qué duda tiene? Por amor á ese Dios que nos manda socorrernos unos á otros, pasan su vida entre miserias asquerosas, y verás cuando comience la guerra como asisten lo mismo en los campos de batalla.

—¡Qué buen Señor, debe ser el que dices! ¡Cuánto me alegraría de poderle servir!

—Pues no hay cosa mas fácil: si hablas de veras, yo te presentaré á sor Eugenia, superiora de las encargadas de asistir en las ambulancias de la division Bosquet, y todo se arreglará.

—Escucha primero. ¿Quién es aquella señora que está allí pintada con un niño en los brazos?

—Es la Santa Virgen María, madre de Nuestro Señor. ¡Si vieras como quiere á los niños!

—¡Ay, á mí no me querría! ¡á mí no me ha querido nadie!

—¡Qué tonto eres! Si fueras bueno, te querría lo mismo que á los demás.

—¿Y á tí te quiere mucho?

—¡Mucho, muchísimo, bendita señora! y yo también daría mi vida por su amor.

—¿De qué sabes que te quiere?

—¿De qué lo sé?..... Mira..... aquí no es sitio de conversacion; salgamos fuera y te lo contaré.

Salieron en efecto, y el corneta volvió á tomar la palabra mal chapurando el inglés para hacerse entender de su nuevo amigo.

—Has de saber que mi padre murió de sargento en el ejército de Argel, quedando yo en compañía de una abuelita, tan vieja como pobre: entré de corneta en el 7.º de cazadores y antes de partir á Oriente, me encargó la buena anciana que todas las mañanas rezase un Ave-María é hiciese propósito de no cometer accion alguna que pudiera desagradar á la Señora: se lo prometí y no dejé de hacerlo la mayor parte de los dias. Pero verás lo que son las cosas. Una noche estaba yo mirando las estrellas sobre la borda del vapor Pluton, ¡famoso buque! y no sabré decirte cómo, me escurro y caigo al agua, sin que nadie me viera ni pudiera socorrerme. El lance era serio y el mar profundo, porque estábamos anclados á la entrada de los Dardanelos.

—¿Y te ahogaste?

—¡No digas simplezas, calla y déjame hablar! Cuando me ví dando vueltas en el agua, recordé que no habia rezado aquella mañana y menos hecho

resolucion de cumplir con mis obligaciones; pero sin perder momento, medio atragantado por las olas me encomendé á la Virgen de todas veras, trayendo al pensamiento una jaculatoria muy piadosa que luego te diré, y al punto sentí como si alguna mano invisible me fuese empujando poco á poco hácia la costa, donde las aguas me levantaron en alto dejándome luego caer boca arriba sobre la arena. ¡Ay, chico, si vieras que atontado quedé! ¡Cómo me zumbaban los oídos! Pero nada más; mi Madre celestial habia tenido cuidado de mí, á pesar de mi poca memoria y de lo inadvertido que anduve en subirme donde pudiera caer.

—¡Buena suerte tienes en poder hablar con esa Señora!

—Pero inbécil, ¿cómo tengo de asegurarte que á todos nos quiere como á hijos suyo? Mira, no puedo detenerme, porque se acerca la hora del segundo rancho; toma esta medalla, aprende de memoria lo que dice alrededor de esta imágen, que es igual á la que has visto en el templo, y cuando te halles en algun peligro repite esa oracion con fé, y luego deja correr la bola.

—Si no sé leer ¿cómo tengo de aprenderla?

—¡Esa es otra! Entonces yo te la repetiré dos ó tres veces, y vamos andando que se hace tarde. Ya sabes, en cualquier cosa que se te ofrezca acuérdate de Máximo Picard, corneta del 7.º de cazadores.

DIONISIO CHAULIE.

(Se concluirá.)

CUENTOS DE ABUELA,

DEDICADOS

AL SEÑOR VIZCONDE DE SAN JAVIER.

III.

EL SANTO ROSTRO.

—Gracias por el cuento, anciana.
—Alienta y ya no mas llores,
Que estás en tierra cristiana
Y hallarán paz tus dolores.
—Anciana, aunque Dios me alienta,
Que es consuelo de afligidos,
Aquella horrible tormenta
Zumba siempre en mis oídos.....
¡Cómo olvidar que se mira
Cual mar de lodo, ¡ay de mí!

Lo que fué huerta de Alcira
Y vega de Algemés!
¡Cómo al recuerdo fatal
Quereis no pague tributo,
Si es ya mi hacienda crial
Y está Valencia de luto!
Valencia, la de las flores,
Que tiene, como Estambul,
Ancho velo de primores
De rojo orlado y azul;
Cielo de zafir fundido,
De eterno verdor la falda,
Y el pié de su mar ceñido
Por la líquida esmeralda,
Tiene noches como el día,

Tiene un sol de mil hogueras,
Cinturon de argentería
Y abanico de palmeras.
—Cuéntanos eso, hermanita,
De la nube.

—Ves que llora
Y pretendes, Mariquita,
Que se aflija mas ahora.
—No, anciana, el relato pinta
De Dios la grandeza suma,
Aunque no le dé su tinta
Ni humana lengua, ni pluma.
—En un pueblo de hortelanos
Del Júcar en la ribera,
Dos niños y dos ancianos
Que hacen la familia entera,
La lluvia sienten hervir
En torrentes desatados,
Y el trueno que hace crugir
Muros, campos y collados.
De pronto, cual si brotara
Bajo de los pies un mar,
Cual si el cielo se rasgara
Los astros para arrojar,
Lanzando á la par un grito
Cielo y mar, hombres y tierra,
Que prolongado, infinito,
Turba, ensordece y aterra.....
Acentos jamás oídos
Los ecos huyendo traen
De peñascos desprendidos
Y de casas que se caen.
Del Júcar la acequia rica
Borbotando, el borde salta,
Y desastres multiplica

En los espacios que asalta.
Oyese el acento rudo
Del que con las ondas brega,
De la madre el grito agudo
Que ve al niño que se anega.
Es el mundo infortunado
Que luchando finaliza
Revuelto y amontonado
Entre la sombra maciza.
La familia aquella llora
En lo alto de su casa,
Cada instante es una hora
Y un peligro que no pasa.....
Vacila la casa triste
Y tiembla incesantemente
Como junco que resiste
En mitad de la corriente.
Ya llega el agua espumosa
Al dintel de la ventana,
La horrible muerte angustiosa
Miran los cuatro cercana.....
Se abrazan..... ¡yo era uno de ellos!
¡El terror, en mi cabeza
Levantaba mis cabellos!
El grupo ni habla, ni reza!
Prometo á Dios, si á la par
Saca á los cuatro con bien,
Venir á pié y adorar
La Santa Faz de Jaen.....
—Hiciste bien, valenciana.
—Ya el agua, ¡que Dios me oyó!
Aunque llegó á la ventana
Del alf-izar no pasó.

A. ALMENDROS AGUILAR.

PAGINAS SUELTAS.

MEDITACIONES DE UN PADRE DE FAMILIA.

I.

¿Será verdad? ¿No me engaña mi desvelo paternal? ¿Nunca esperiménté una turbacion parecida!.... ¡El! ¡él! ¡mi hijo!.... seria..... Vamos, tranquilidad. Cuando era mas niño todavía ¿no he imaginado veinte veces una enfermedad en una leve indisposicion, y en una enfermedad la muerte? Pues lo mismo deben ser las enfermedades del alma. Estoy exagerando un hecho

que carece de importancia; creo adivinar..... ¡No! el mismo día en que yo le he creído atacado de una enfermedad mortal no he sentido, me parece, una agitación mas desgarradora. Entonces se trataba de su vida, de su querida vida, y hoy se trata de una cosa sagrada, de la que soy responsable, de su existencia moral, de su honor. Si yo pensara que este niño tenía que ser un día cobarde..... ¡cobarde!..... todavía no. ¡Dios mío! la cobardía es peor que el miedo; es el miedo aceptando la afrenta, huyendo del peligro; es el miedo puesto en acción! Pero mientras la debilidad permanezca en el secreto del foro interno, mientras que ella se limite á turbar el corazón, á palidecer el rostro, se la puede llamar temor, pusilanimidad; pero no hay derecho para llamarla con el afrentoso nombre de cobardía. Apacigua, pues, tu primera turbación, pobre corazón de padre, y procura ver claro en el alma y en el destino de este niño. Un niño tiene derecho á temblar y á demostrar que tiembla. La idea del valor no existe todavía en él..... Pero se halla en la edad de transición, en la que el niño se transforma en adolescente; tiene mas de catorce años; su misma naturaleza comienza á patentizarlo con un nuevo signo rompiendo el timbre puro de su voz infantil, para que resuenen los primeros acentos graves y un tanto roncacos que anuncian la virilidad. Mañana será un joven..... Pues bien, no puedo disimular: muchas veces, bien en nuestros paseos á caballo, bien en nuestros ejercicios de natación, ó en ciertos accidentes de los viajes, he creído observar síntomas de pusilanimidad. En fin, ayer, al ponerse el sol (él no me veía, pero yo sí le veía; estoy siempre allí sin que él lo sepa; el primer deber de un padre es la *presencia invisible*), ayer, cuando volvía solo por el camino que conduce á nuestra quinta, y que oyó palabras amenazantes que le dirigía el hijo del guarda-monte..... ha tenido miedo. Sé bien, que este campesino tiene dos años mas que él; que no es de buenas costumbres, y que es alto y fuerte como un hombre; sé que el honor no está tan empeñado en una disputa con un campesino; sé en fin, que mi hijo no ha huido..... Pero no importa, cuando llegué tenía en su rostro una expresión tal de espanto, que yo mismo me asusté; aquella cara terrorosa, aquellos labios temblones están siempre delante de mis ojos. Me parecía ver un cuadro muy bueno que tiene un amigo mío, donde se ven pintados á un lobo y á un cordero.

Aquel niño, aquel pobre corderillo pegado contra la puerta, con la cabeza baja, esperando el golpe ó la injuria, era mi hijo. ¡Mi hijo cobarde! ¡Oh, pobre criatura! ¿qué va á ser de tí? La cobardía es mas funesta que el mas terrible de los vicios, puesto que oculta y anula todas las virtudes. ¿De qué sirve á un hombre cobarde ser bueno, humano y generoso? Su bondad, sé humanidad, su generosidad caerán al primer choque como arma en una mano paralizada. Que vea un cobarde á un amigo en un incendio, y dejará que se abraze; en una inundación, y consentirá en que se ahogue. Un cobarde cederá á la mujer á quien ama, á la primera amenaza; un cobarde dejará que insulten á su madre; un cobarde no puede ser padre, ni hermano, ni marido porque no podrá defender á su mujer, ni á su hermana, ni á su hi-

ja. ¿Y mi hijo será?.... ¡No sé lo que siento al pensarlo! ¡no sé si es indignacion ó cólera! Es confusion, ternura; le quiero mucho. Los defectos de los niños, las mas veces, no son mas que legados de sus padres. Su madre era tímida; puede ser que de ella proceda la debilidad de su espíritu. Entonces será condenado por un vicio que no es suyo. Sufrirá los resultados de una herencia fatalmente impuesta sin que él lo sepa, sin que él lo quiera. Todas mis ideas de justicia y de razon, se confunden delante de este misterio. Mi cabeza se extravía, ignoro lo que me pasa.

(Se continuará).

I. A. BERMEJO.

EL ZAPATERO Y LA MONA.

Hallábase una mona
Con un gran caballero
Servida y asistida
De lo mas rico y bueno.

Pasaba algunos ratos
Por divertir el tiempo,
A la vecina casa
Que era de un zapatero.
Allí se entretenía
En ver lo que el maestro
Cortaba y disponia
Para luego coserlo.

No bien se levantaba
El hombre de su asiento,
Cuando la mona al punto
Tomaba el mismo puesto.

Cogia la cuchilla
Y con su gran manejo
Rompió y destrozaba
El cordoban mas recio.

Quejóse muchas veces
Para su enmienda al dueño,

Y fueron como quejas
Que suelen darse al viento.

Mas como la experiencia
Mostróle que al momento
En un todo queria
Imitar sus afectos.

Estuvo una mañana
Con su afilado acero,
Fingiéndose en toda ella
Que se cortaba el cuello.

Salióle este discurso
Conforme su deseo,
Porque logró muy breve
El mas duro escarmiento,

Pues por hacer lo propio
Tiró la mona el hierro
Con tal fuerza, que al punto
Se dividió el pescuezo.

¡Cuántos hombres se pierden
Por querer, sin talentos,
Imitar las acciones
De los que son mas que ellos.

EL QUE ROMPE PAGA.

Era en los tiempos en que no se habia inventado la butaca, en que existia el democrático y tormentoso patio en nuestros corrales de comedias, y en que los actores mas distinguidos, se daban por muy satisfechos y aun se consideraban muy felices, recibiendo un estipendio de cuarenta á sesenta

reales diarios por sus trabajos escénicos. Ya no se llamaba á las compañías cómicas *compañías de vagos*, pero todavía sus individuos no se atrevían á anteponer un don á su nombre. El señor Isidoro llamábase el gran Maiquez, y el tío Cubas, llamaban, sin que lo echase á mala parte, al excelente actor cómico de este apellido, á quien todavía hemos alcanzado en sus postrimerías y visto representar con singular donaire alguno que otro papel de *gracioso*, de nuestro antiguo y famoso teatro.

A los buenos tiempos de este aplaudido comediante, se refiere la siguiente anécdota, que oímos con gran contentamiento referir como verdadera, en nuestra niñez, á mas de dos aficionados á la carátula. Saturio era un buen muchacho, que habia venido rodando sin saber como á un parador de diligencias de Madrid, desde la humilde posada de cierto pueblo situado en el riñon de Castilla. Tenia por allá fama de poco avisado, y tal vez por esta razon ascendió desde mozo de posada, á camarero de una hospedería de la corte. Andaba por ella con tanta boca abierta, extasiándose ante los aparadores de los almacenes, no muy vistosos entonces, por cierto, aunque á él le parecían admirables. Formaba corro con los bobalicones que se paraban á ver los equilibrios de los *saltimbanquis* callejeros, y salia de sus casillas cuando el manquito de los perros, decia á uno de estos: «Vamos á ver, es preciso que nos digas quien es el mozo mas guapo de los presentes por quien á estas fechas están llorando á lágrima viva las mozas mas garridas de su pueblo.» Daba el perrillo dos vueltas, y buscando por aquí y husmeando por allá, deteníase por fin delante de Saturio, y alzando una patita daba con ella dos ó tres golpecitos sobre las piernas del asombrado mozo. Reíanse los circunstantes, y mientras que el favorecido sacaba de un prolongado bolsillo azul, una pieza de dos cuartos que tomaba en su boca el animalito, (el perro, se entiende, no Saturio) algun diestro que estaba cerca de éste, no á humo de pajas, le extraía del bolsillo de la chaqueta con gentil sutileza el pañuelo de yerbas, que le habia regalado su novia en su amarga despedida. Y en verdad, que siendo aquel pañuelo para las lágrimas de ausencia, maldita la falta hacia ya á quien habia dejado de verterlas.

Otra de las delicias de Saturio en la corte, eran las romerías: la del *Santo* solia inutilizarle para el trabajo de dos ó tres dias, tal mano se daba, ó mejor dicho, tal boca para embaular en su estómago rosquillas berroqueñas, amasadas Dios sabe cuando, y de trasegar mas de una azumbre de aquel mosto tan cristiano como poco católico, que se consume en la regocijada pradera de San Isidro. Acontecíale lo propio sobre poco mas ó menos, en San Antonio de la Florida, y en las tradicionales verbenas de San Juan y San Pedro, y en las vueltas de San Anton, donde se mareaba hasta no poder mas, por seguir á pié firme las idas y venidas de tantas bestias empenachadas como allí concurren á recibir el pienso de cebada bendita, trayéndole á la memoria, con dolor á veces, las infinitas de su pueblo.

Pero entre todas las diversiones, la preferente, la que le sacaba por completo de quicio, era el teatro. Por ver una comedia, hubiera él emprendido

una peregrinacion á Santiago, desnudo de pié y pierna, con esclavina, bor-don y calabaza al hombro. Y he aquí, como por nuestros pasos contados, hemos venido á parar al punto capital que puso en nuestra mano la pluma, para trazar el presente articulejo. Es, pues, el caso, que regresando de una expedicion veraniega, el comediante Cubas, hubo de detenerse un par de dias en el mismo parador donde el simplon Saturio ejercia el oficio de ca-marero, y habiéndose enterado por alguna de sus pláticas con éste, de el amor desmedido que profesaba á la comedia, le regala un billete para la funcion de una tarde en el teatro del Principe.

—¡Qué rumboso es este señor! dijo Saturio á su amo.

—Anda que bien puede, y se lo gana con mucho salero; como que el di-nero que yo gasto con mas placer es el que doy por verle trabajar. Bien vas á divertirte con él en la comedia.

El pobre mozo era de aquellos espectadores entusiastas, raza estinguida ya, que se identificaban completamente con el argumento de la pieza á cuya representacion asistian.—*¡No la mates, que está inocente!* habia gritado una vez sin poder contenerse viendo esgrimir el puñal al famoso Carlos Latorre, en la tragedia del Otelo.—Y en otra ocasion llegado el momento en que la dama iba á apurar una copa, donde poco antes el traidor habia vertido algunas gotas de veneno, en secreto, por supuesto, pero á vista del público, el bueno de Saturio, sin poderse contener habia exclamado con voz estrepitosa: *¡No beba usted eso, señora, que está envenenado!* habiendo en am-bos casos producido un éxito atronador con sus advertencias, segun las crónicas de bastidores.

La tarde en que debía regocijarse con el convite de Cubas, se represen-taba una comedia de gracioso en que hacia éste el principal papel, que por cierto desempeñaba á las mil maravillas, haciendo que se desternillaran de risa los espectadores. No se regocijó poco Saturio al distinguir entre estos á su amo, el dueño del parador donde servia, y mucho mas observando que era uno de los que mas sobresalian aplaudiendo como energúmenos los chistes y candonguerías del gracioso. Llegó una escena en que Cubas, cuyo papel era el de criado, poseido de unos celos grotescos, toma una vara y *zis, zas*, en vez de emprenderla contra quien se los ocasionaba, le dió la ventole-ra por apalea á diestro y á siniestro un servicio de porcelana que habia en la escena, dispuesto sobre un aparador, ensañándose contra las inofensivas vasijas hasta el extremo de no dejar títere con cabeza. Saturio observó que en este paso, el entusiasmo de su amo rayó hasta el delirio y aun escuchó su voz que exclamaba distintamente: ¡Bien, bien! ¡eso no tiene precio! Despa-chóse tambien á su placer Saturio en tan favorable coyuntura haciendo en la cazuela con sus ademanes y exclamaciones no menos efecto que Cubas sobre el escenario. Terminado el divertido espectáculo encontráronse á la salida amo y criado y yendo juntos al parador entretuvieron el camino hablando de la pieza y del gracioso.—¡Ay! dijo Saturio. Si yo hiciera otro tanto que él.....

—Toma, replicó el posadero, te ganarias sesenta reales diarios divirtiéndote tú mismo al paso que divertías á los demás; créete que cuando yo le veo hacer lo que hace, maldito si me acuerdo de los sinsabores de la vida.

No echó Saturio la frase en saco roto. La preocupacion que produjo en su ánimo la comedia, sacó al pobre mozo de sus casillas turbándole el seso hasta el punto de que al ir á acostarse, en vez de las oraciones ordinarias, murmuraba maquinalmente. ¡Bueno, ya sé como tener contento á mi amo!

Soñó con la comedia, con Cubas, con su amo, con los cacharros rotos, con el mar de cabezas que se agitaban á manera de olas en el patio; y las voces, las risas, y el oleaje acabaron por trasformar su ensueño en pesadilla.

Y luego, cuando por la mañana se disponia á servir el almuerzo á los huéspedes, cogió un palo como habia visto hacer al gracioso, y dando mandobles y reverses acá y acullá, no dejó sobre la mesa sopera, tazas, platos ni copas que no hiciera añicos. Dejó la mesa ni mas ni menos, en tan lamentable estado, como dejó don Quijote en la famosa venta el retablo de maese Pedro.—Las exclamaciones de los huéspedes le enfervorizaban mas, y cuando oyó al amo que se acercaba gritando atraído por el ruido del destrozo..... ¡Bueno, exclamaba con doble furia, esto es lo que yo deseaba!

Pero ¡ay! que no tardó en ver desvanecidas su ilusiones; el amo le agarró de una oreja y le hubiera zurrado de lo lindo, á no ponerse de por medio los circunstantes.

Saturio no podia convencerse de que habia obrado mal, y por lo tanto no hubo medio humano de que se aviniera á pagar la loza rota. El amo tuvo que llevarle ante el juez; á quien este juicio sirvió mas bien que de enojosa tarea como los demás, de agradable contentamiento.

Quedábale, sin embargo, un escozor; despues de tan agradable rato como le habia hecho pasar aquel alucinado mozo, tenia, cumpliendo con el deber de su investidura, que condenarle: así es que pronunció con pena estas palabras:

—No te asiste la razon, pobre Saturio. Cubas rompe en el teatro, por cuenta de mil espectadores á quienes divierte sin causarles estorsion alguna, pero á pocos entretenimientos que tú proporcionaras á tu amo, como el que dá origen á esta querella, acabarían por arruinarle. El que rompe paga, dice el adagio castellano; tú has roto, pues, y yo te condeno á que pagues, á no ser que tu amo, haciéndose cargo de tu simplicidad, te perdone la mala pasada que le has hecho, en gracia de tu sana intencion

—Era ya solo cuestion de amor propio, dijo el posadero; así pues amigo Saturio, pelillos á la mar, nada me debes.

Y regresaron juntos y en buena armonia al parador, donde el pobre Saturio cabiló durante mucho tiempo sobre aquel sistema de compensacion que no cabia en su cerebro á pesar de tenerle desalojado.

JERONIMO MORAN.

LOS NIÑOS CARITATIVOS.

¡Qué hermoso es el sentimiento de la caridad! Cuando ese sentimiento brota espontáneo en el corazón de un niño, puede decirse, que es dos veces un ángel.

El año pasado tenía yo en mi vecindad tres niños encantadores: una niña de siete años con una de esas caras de los ángeles de Murillo, rubia, esbelta y elegante, se llama María, nombre tan hermoso como ella; tiene esta niña un hermanito menor que ella, inocente y candoroso, Manolito; tiene además un primo aun menor que su hermano, travieso, gracioso y calavera, que se llama Geromo; todas las tardes bajaban los tres á el Prado. María, que es la mas juiciosa, recibia de su mamá una peseta cuya suma invertia en dar sendos paseos en los cochecitos tirados por las cabras, en comprar alguno que otro bollo, y en surtirse de aquellos juguetes que estaban al alcance de su capital.

Bajaban una tarde los tres niños llenos de entusiasmo, bullian en sus cabezas los mas bellos proyectos, cuando al llegar á la esquina de la Plaza de las Cortes junto al palacio de Villahermosa, tropezaron con una pobre mujer que pedia limosna llevando en sus brazos una niña como de cuatro años, escuálida de hambre: aproximase la mujer á los niños y les pide limosna: María, al contemplar aquella infeliz, no pudo menos de compadecerla, y llamando á un lado á su hermanito y á su primo, les dijo lo siguiente:

«Manuel, Geromo, me ocurre una cosa, y es, que podemos dar á esta pobre el dinero que nos ha dado mamá para jugar y para divertinos ¿qué importa que nos privemos hoy de los cochecitos, si en cambio vamos á dar pan á esa pobre niña?» Manuel y Geromo, no recibieron con mucho entusiasmo el arranque de María, pero dominados por su voluntad, la dijeron como á regañadientes; «Mamá nos ha dado esa peseta para divertirnos, pero si quieres dársela á esa pobre dásela:» y María entregó la peseta á la pobre, y la pobre la bendijo, y los tres niños se divirtieron jugando aquella tarde como no se habian divertido nunca: volvieron á su casa, contaron el lance á su mamá y á su mamáita (que así llamaban á su abuela), y las dos les llenaron de elogios por su noble y generosa accion. «Esa peseta, les dijo la abuelita, que habeis dado á la pobre y á su niña, privándoos de los cochecitos, es una peseta puesta á réditos en el cielo, y os va á producir ciento por uno.» Se acostaron los tres niños, meditando alegremente sobre las palabras de su abuelita, y al despertar á la mañana siguiente se encontraron en su habitacion sorprendidos gran número de preciosos juguetes, que segun la abuelita, les habia traído un ángel de parte de Dios. Habia entre los juguetes tres cochecitos, muñecas de las que hablan y mueven los ojos, caballos, armaduras completas

para Manuel y para Geromo y un precioso altar con la Virgen de la Concepcion para María. La tierra niña al verse tan obsequiada fijó los ojos en la Virgen y la dijo estas palabras: «¡Oh, Virgen mia! yo seguiré dando á los pobres, cuanto me dé mamá para juguetes, porque ya veo que Dios da ciento por uno!»

F. DE P. MADRAZO.

EL PASEO DE LA MAÑANA.

Yo habito una graciosa quinta cerca de las agradables orillas del Tennesse. A lo lejos se descubre la linda ciudad de Montgomery y el magnífico panorama que la rodea. Todas las mañanas me levanto con el sol y salgo á recorrer el campo bastante lejos para que las emociones del paseo sean variadas y numerosas. Al salir me detengo á contemplar una hermosa llanura dominada por un antiguo castillo, obra de los primeros colonos; admiro los sembrados que prometen la subsistencia al pobre y la abundancia al rico, y saludo á la tierra, madre benéfica que alimenta á cuantos la pueblan. Después de haber gozado de este espectáculo de riqueza y fecundidad, satisfecho de andar errante por enmedio de los crecidos y lozanos trigos, de los plantíos de algodonereros, y de las floridas viñas, tengo el gusto de internarme en un tortuoso sendero, de seguirle sin saber donde me conducirá, de encontrar las ovejas que balan, los ganados que pacen, un pastor tañendo su rústica flauta, un pescador sentado con su caña á la orilla del rio ó un cazador recostado y desayunándose cerca de una fuente con el perro á un lado y la carabina al otro.

Tambien me agrada infinito atravesar un lugarejo poco despues de salir el alba, ver á una jóven aldeana ocupada en sus faenas domésticas cantando al mismo compás; otra que tiene al pecho su tierno hijo y le divierte con mil caricias: hombres y mujeres, en fin, que llevan sus géneros á la ciudad y se afanan por distintos modos en adquirir el sustento.

No podré asegurar cuanto placer me causa hallar despues un camino aun mas agreste, é ir á parar insensiblemente á algun yermo silencioso poblado de robustos árboles, cuyos huecos troncos denotan en caracteres mudos la antigua soledad de aquel paraje; encontrar mas allá las ruinas de alguna construccion desconocida donde los primitivos habitantes acudian todas las mañanas á ofrecer al sol sus sacrificios. Siguiendo adelante suele salirme al paso un anciano cargado de años y de arrugado semblante que toma asiento cerca de mí para relatarme cuanto ha visto y oido en sus ochenta inviernos.

De que el sol elevándose sobre el horizonte comienza con sus rayos á

FLOR DE LA INFANCIA.



Vista de Montgomery en los Estados-Unidos.

difundir el calor, me acerco á un árbol frondoso que con el suave movimiento de sus ramas parece convidarme á disfrutar la frescura de su sombra; acepto su beneficio y gozo de él con reconocimiento; me tiendo sobre la espesa yerba, cojo flores que alegran mi vista con la preciosa variedad de sus formas y colores, jugueteo con las rientes olas de un arroyuelo que parece acariciarme con dulce murmullo y miro complacido el verde helecho que adornando los troncos me ofrece un blando respaldar. Entonces lleno de gratitud hácia la Providencia bendigo todas las criaturas que formó para bien del linaje humano, y me complazco en imaginar que se unen á mí por medio de los sentidos.

Ch.

EL MILANO ENVEJECIDO.

Un milano sangriento
A fuerza de buscar el alimento
Sin cuidados ni afanes,
(Que eso toca á las aves ganapanes)
La sangre codiciaba de tal suerte,
Que á todo cuanto via daba muerte,
Ya recorriese diestro el aire vano.
Ya se aterrase sobre sierra ó llano,
Procurando mas bien que alimentarse
En destruir vivientes emplearse.
—Si nos mataras, al morir decían,
Instigado del hambre, ya tendrían
Tus rigores un viso de disculpa;
Pero si te complaces en la culpa,
Y cuasi siempre matas,
¿Por que hallas diversion cuando maltratas?
—Es verdad: les decia muy ufano.
¿De qué sirve el poder? ¿De qué esta mano?
Morid y complaced mi ardiente furia,
Pues no habrá quien os vengue de mi injuria.—
De esta suerte asoló montes y valles
Hasta que el tiempo resolvió vengalles.
Las uñas le quebranta,
Y añade al pico curbatura tanta
Que presa hacer no puede,
Y al hambre y á la sed el triste cede.
De sus fieros lamentos obligadas
Acudieron las aves á bandadas,
Y hallándole postrado,
Gritan alegres:—¡Tiempo afortunado!
El, viendo su poder ya destruido,
La humildad afectó del que es vencido,

Y con la mas sagaz hipocresía
 Alimento y socorro las pedia,
 Jurando ser su amigo eternamente;
 Pero ellas le desprecian altamente,
 Diciéndole:—Enemigo:
 ¡Qué! ¿tenerte nosotras por amigo?
 Aquel que persiguió nuestra inocencia
 No debe hallar piedad, sino inclemencia.
 Vive entre la agonía y desconsuelo,
 Abominado de la tierra y cielo,
 Y para prolongar tan mal estado
 Alimento tendrás, pero tasado,
 De modo que bastando á mantenerte,
 Satisfecho jamás llegues á verte.—
 Así el triste murió: bien empleado.
 Quien del mucho poder haya abusado,
 Mejor fin que el milano nunca espere,
 Que quien á hierro mata á hierro muere.

MAXIMAS.

No hay mas que un bien que es la ciencia, ni mas que un mal, que es la ignorancia. El que conoce el bien y obra mal es un insensato, nunca cree el sabio que sabe lo que ignora, concebirá desde luego que no sabe nada y procurará instruirse.—*Sócrates*.

Hay tres clases de ignorancia; no saber nada, saber mal lo que se sabe, y saber una cosa distinta de como debiera saberse.—*Duclos*.

La profunda ignorancia es la que inspira el tono dogmático, el que no sabe nada cree enseñar á los demás lo que acaba él de aprender, el que sabe mucho apenas imagina que lo que dice puede ser ignorado, y habla por lo tanto con mas indiferencia.—*La Bruyere*.

Un sabio conoce á un ignorante porque él lo ha sido antes; pero un ignorante no puede juzgar de un sabio porque no lo ha sido nunca.—*Máximas orientales*.

El destino del necio es ser importuno: un hombre hábil conoce cuando agrada y cuando molesta, sabiendo desaparecer de un sitio desde el momento que precede al en que estaria en él de más.—*La Bruyere*.

El que deseara formalmente tener ilusiones iría seguramente mas allá de sus deseos.—*Vauvenargues*.